

gestad, que habrá estado expuesto todo el día á la veneracion de los fieles.

Con ocasion tan solemne exitamos al V. Clero secular y regular y á todos los fieles de esta Diócesis y aun á los de fuera de ella, á que tomen parte en estos religiosos cultos, especialmente por medio de la recepcion de los Santos Sacramentos de confesion y Comunión, para que unidos todos imploremos el auxilio de la Divina Magestad en las presentes necesidades, mediante la poderosa intercesion de Nuestra insigne Patrona.

Con este motivo recordamos á los fieles, que el día de la consagracion de la Iglesia pueden ganar un año de indulgencia por concesion de varios Sumos Pontífices, y además les recordamos las copiosísimas indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices al rezo del Santísimo Rosario, y en especial las que, por el mismo devoto ejercicio, se dignó conceder, para todo el mes de Octubre, Nuestro Smo. Padre el Sr. Leon XIII, felizmente reinante.

✚ ADVERTENCIA MUY IMPORTANTE.—Como la Consagracion de la Iglesia tiene que hacerse, en su mayor parte, con las puertas cerradas, sin mas acompañamiento que los Sres. Eclesiásticos y personas indispensables para el servicio, se advierte á los fieles que *el Sábado 5 en que se verificará aquella ceremonia, no podrán penetrar al interior del templo, sino hasta las once de la mañana, hora en que aproximadamente se celebrará la Misa solemne, con que termina dicha consagracion.*

Leon, Septiembre de 1889.

TOMAS, Obispo de Leon.

José Victoriano Aleman, Dean.—Pablo Darío Reynoso, Arcediano.—José de la Merced Sierra, Canónigo.—José María Velazquez, Canónigo.—Pablo Anda, Canónigo.—Anastasio de Jesus Yopez, Prebendado.—Francisco de Sales Ginori, Prebendado. Andres Segura, Prebendado.—Alberto Fernandez, Prebendado.

Tomada razón

SERMÓN

—PREDICADO—

POR EL SR. PBRO. DON
GABINO CHÁVEZ

—EL—

DÍA 2 DE JULIO DE 1892.

—EN LA FIESTA—

QUE SE CELEBRA ANUALMENTE

—A LA—

Madre Sma. de la Luz,

En la Santa Iglesia Catedral de León.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

LEÓN—1892.

IMPRENTA DE ZENÓN IZQUIERDO.
Calle del Oratorio Núm. 83.

ILLMO. SR:

El que suscribe, en representación de la Compañía Manriquez á quién cupo la buena suerte de celebrar la festividad del dos de Julio en el presente año en honor de la Madre Santísima de la Luz, tiene el honor de comparecer ante V. S. Illma. para suplicarle, como respetuosamente lo verifica, que tenga V. S. Illma. á bien conceder su superior licencia para que se imprima y publique el Sermón que en dicha festividad predicó el Sr. Pbro. D. Gabino Chávez, como la expresada compañía lo desea, en lo cual recibirá gracia.

Dios Nuestro Señor guarde á V. S. Illma. muchos años.

✓ León, Julio 4 de 1892.—*Illmo. Sr.*

Jesús Ramirez y Aguilar.

León, Julio 5 de 1892.

Pase á la censura del Sr. Canónigo Penitenciario de esta Sta. Iglesia. Lic. D. Alberto Fernandez.—Lo decretó y firmó el Illmo. Sr. Obispo.

M. f.

EL OBISPO.

Mateo Alcaráz, Oficial Mayor.

ILLMO. Y RMO. SEÑOR:

Por disposición de V. S. I., he leído con detenido examen el sermón predicado por el Sr. Pbro. D. Gabino Chávez, el día dos de Julio del corriente año de 1892, en la fiesta que anualmente se celebra en honor de la Madre Sma. de la Luz en esta Sta. Iglesia Catedral, y nada he hallado en él contrario á la fe y buenas costumbres; antes bien, he admirado la solidez y claridad con que el respetable autor expone los textos de la divina Escritura. Muchas son las obritas del Sr. Chávez que corren impresas con la aprobación de V. S. I., mas el presente sermón es, en mi humilde concepto, el fruto más dulce y sazonado que ha producido el ingenio del Sr. Chávez, cultivado con el asiduo y laborioso estudio.

Por lo cual juzgo que puede imprimirse, si este fuere el respetable parecer de U. S. I.

Dios Nuestro Señor guarde á U. S. I. muchos años.

León, Julio 8 de 1892.

Alberto Fernández.

León, Julio 9 de 1892.

Visto el dictamen que antecede, concedemos nuestra licencia para que se imprima el Sermón predicado por el Sr. Pbro. D. Gabino Chávez, en la Sta. Iglesia Catedral el día 2 de Julio del presente año, con calidad de que no vea la luz pública sin que primero sea cotejado el impreso con el original por el Sr. Censor. Lo decretó y firmó el Ilmo. Sr. Obispo.

M. f. EL OBISPO.

Mateo Alcaráz, Oficial Mayor.



Sermón en el día 2 de Julio.

—*Quare tristis incedo dum affligit me inimicus? Emitte lucem tuam et veritatem tuam; ipsa me deduxerunt et adduxerunt in montem sanctum tuum, et in tabernacula tua. Et introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam.* (Psalm. XLII. 2, 3, y 4.)

¿Porqué he de andar triste mientras me aflige mi enemigo? Envía tu luz y tu verdad; éstas me han de guiar y conducir á tu monte santo, hasta tus tabernáculos. Y me acercaré al altar de Dios, al Dios que llena de alegría mi juventud. [*Salmo 42, versos 2, 3, y 4.*]

Ilmo. Sr.; Ven. Cabildo; Resp. Clero: Amados hermanos míos: Bien comprenderéis que no hemos tenido que revolver largo tiempo el código sagrado, para encontrar estas hermosas y profundas palabras; perteneciendo al salmo eucarístico por excelencia, pues forma como la entrada diaria del augusto sacrificio, no solo la tribu sacerdotal las toma á cada paso en sus labios, sino también los simples fieles que acostumbran unirse á la misma liturgia. El Rey-Profeta, sintiéndose agobiado de tristeza ante las tenaces persecuciones de sus enemigos, entrando dentro de sí mismo se pregunta: ¿porqué he de andar turbado é inquieto? ¿porqué he de estar abrumado de tristeza entre las persecuciones de mis enemigos? Y volviéndose al Dios que es toda su fortaleza, y el que parece haberle desechado, si cree á la amargura de su pena, le dice: “envía, Señor, tu luz y la verdad, ellas me llevarán á la santa montaña, y á los tabernáculos en donde habitas, y llegándome al altar del Señor, Dios quitará de mí la tristeza y remediará mis males, pues es el Dios que me colma de alegría, pareciendo renovar el vigor de mis primeros años, y la lozanía, el contento, el regocijo que son propios de la edad de la juventud.” Así, un pueblo

que gime, que lamenta las persecuciones de sus enemigos, que, abrumado por sus penas vive en la desolación y en la tristeza, debería tomar en sus labios las palabras del salmista: exhortarse á la más dulce confianza, acudir á Dios como al único remediador de todos sus males, y pedirle su luz y su verdad para marchar tranquilo á la montaña del calvario, para, de allí, por los tabernáculos de la resurrección y la ascensión, llegar al altar de la gloria, donde en perpetua juventud y en alegría imperturbable, se cantan para siempre las alabanzas del Señor:—Mas no es esto todo, cristianos, pues, como David penetraba con sus miradas los ocultos arcanos de la divina sabiduría, aun tocaba con estas palabras, inmensas profundidades, sumergiéndose nada menos que en los abismos de la Divinidad. Haciendo las veces del género humano, perseguido por la rabia infernal de Satanás, y caminando triste y desalentado por entre las tinieblas de la idolatría, reconoce que Dios sólo puede salvarle: “*Quia tu es Deus fortitudo mea;*” espántase de verse desechado por tan largos siglos: “*quare me repulisti?*” mírase hecho presa de la exasperación y la tristeza, ante el enemigo que le tiraniza: “*quare tristis incedo dum affligit me inimicus!*” Y luego, volviendo sus ojos á Dios de quién sólo puede venirle el remedio, solicita, pide, ruega; . . . mas ¿qué pide? “*Envía Señor tu luz, y tu verdad*” “*emitte lucem tuam et veritatem tuam.*” Y ¿á quién se dirige sino al Eterno Padre á quién conviene el mandar, como origen en la augusta Trinidad? “*Manda, pues, oh Padre, tu luz: “lucem tuam;”* ¿más quién desconocerá en esta luz al Verbo que dijo: “*ego sum lux mundi,*” yo soy la luz del mundo, y de quién declara San Juan que “era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo? (Ioann. I.) Pide también que mande su verdad, “*et veritatem tuam;*” y ¿cómo no recordar lo que decía el Salvador, del Espíritu de verdad que procede del Padre, (Ioann. XV, 26.) del Espíritu de verdad, que, á su venida enseñaría á los discípulos toda verdad? (Ioann. XVI. 13.) Así, pues, el Profeta á nombre del mundo antiguo, pedía aquí la redención; y por medio de estas palabras, [como lo han notado San Cirilo (Lib. 1. in. Ioann.) y San Atanasio. (*Tract, quod Spíritus, non est creatura,* ad Serapionem) con el elocuente San Ambrosio,

(*Apud Lorin hic,*) pedía la venida del Verbo y del Espíritu Santo, aunque con palabras simbólicas y arcanas, como convenía á los tiempos proféticos. Y hoy la Iglesia lo pide con toda claridad, cuando dice: “*envía Señor al Cordero, dominador de la tierra; [Isai XVI. 1.] “enviarás tu Espíritu, y las cosas serán creadas”* (ex Psalm. CIII. 30.) Mas notemos, cristianos, que, ó bien sea la gracia y la misericordia, lo que aquí solicita de Dios el ánimo afligido; ó bien sean las Personas adorables del Verbo y del Espíritu Santo, que ambos se llaman Paráclitos, esto es, consoladores, en el Santo Evangelio, [Ioann. XIV. 16] cierto es que se pide bajo el nombre de luz y de verdad, y que se les atribuye que ellas nos guiarán y conducirán: “*emitte lucem tuam et veritatem tuam: ipsa me deduxerunt et adduxerunt.*” Y ¿por qué se piden precisamente bajo estos símbolos? ¿por qué el padre del Bautista, lleno del Espíritu Santo, dice que del “*Oriente vendrá á visitarnos para iluminar á los que yacen en las tinieblas y en las sombras de la muerte?* (Luc. I. 79.) y el anciano Simeón llama al Verbo encarnado, “*luz para la revelación de las naciones?*” (Luc. II. 32) y por ¿qué el evangelio asegura que para aquellos desgraciados, “*nació la luz*” con la venida de Cristo? (Math. IV. 16.)

Es, porque grandes maravillas, preciosas enseñanzas, hermosas significaciones se contienen en la luz, cristianos, y para declararlas en esta vez, ya que la Luz eterna ha nacido de una Madre, pidamos á la Madre de la Luz, la que necesitamos para penetrar las Sagradas Escrituras, é instruirnos convenientemente en el oráculo propuesto.—*Ave María.*

Pide, pues, primeramente, el pueblo afligido, que Dios le mande su doble auxilio: “*envía tu luz y tu verdad;*” declara en seguida, el resultado eficaz de este auxilio, para emprender felizmente su camino: “*ellas me guiaron y condujeron á la santa montaña;*” y anuncia su gratitud inmensa por estos favores: “*me acercaré al altar de Dios.*” Propone desde luego la grandeza del beneficio: “*emitte lucem tuam;*” indica en seguida sus inmediatos resultados: “*ipsa me deduxerunt et adduxerunt,*” y proclama el dichoso fin á que todos se encaminan: “*introibo ad altare Dei*” Y tales serán, siguiendo la marcha del texto sagrado, los tres puntos de que pre-

tendemos ocuparnos: qué favor tan especial nos ha hecho el Señor en visitarnos, y cómo; qué provechos tan grandes nos han dimanado de ese beneficio, y qué es lo que espera Dios de nosotros en reconocimiento y correspondencia de sus mercedes.

PUNTO I.

Para cada pueblo, h. m., ha sonado la hora bendita en que Dios le ha mandado la luz de la fe, y la verdad de su ley; el Cristo que alumbraba, y el Espíritu divino que santifica; y cuando un pueblo ya alumbrado y dirigido, se aparta de esa luz y tuerce su camino: y cuando la tribulación lo perturba y las persecuciones de sus enemigos le afligen y entristecen, no tiene que hacer sino pedir de nuevo la vuelta de la luz que lo ilumine cual primero, y de la verdad que le corrija y le enderece; por eso, el grito suplicante del Profeta asciende cada día desde la tierra hasta el cielo, repetido por millares de sacerdotes y de fieles: "Oh, Dios, fortaleza mía, ¿por qué nos rechazas de tu seno? ¿por qué hemos de andar tristes ó inquietos ante el enemigo que nos aflige? Envía, Señor, tu luz y tu verdad, y marcharemos por la fe y por la ley al monte del sacrificio, y á los tabernáculos de la nueva vida, para subir á entonarte eternas alabanzas en perpetua juventud ante el altar de oro de la Sión celestial. *Quare tristis... Emitte lucem tuam etc. Et introibo ad altare Dei...* Y el Señor se digna escuchar las preces de sus siervos, y nos manda la luz que nos consuele, con la verdad que nos fortifique. Solamente que sucede con la luz del espíritu lo que con la luz material que nos alumbraba: si del seno de las más profundas tinieblas, pasásemos de improviso á una iluminación clara y perfecta, nuestros débiles ojos no podrían soportar esa brusca transición, y la luz destinada á recrearlos y alumbrarlos, vendría á ser su destrucción y su ruina. ¿Cómo ha obviado pues el Criador tan grave inconveniente? De un modo tan eficaz como sencillo, h. m.: ha formado el crepúsculo. El crepúsculo es esa media luz que va avivándose ó amortiguándose poco á poco, que va creciendo ó decreciendo gradualmente, preparando al ojo ya á la luz, ya á las tinieblas que deben absorberlo. Así gozamos de la luz

sin perjuicio, y soportamos sin peligro su desaparición completa ó su mayor intensidad. Solo que el crepúsculo de la tarde, por ser el paso de la luz á las tinieblas, es triste y melancólico; pero el de la mañana, que abre las puertas á la luz del día, es tan dulce y alegre, que el hombre ha querido llamarle la hora de oro, *aurea hora*, (1) de donde viene la palabra aurora, tan poética y tan bella. Pues bien, a. h. m. el Verbo divino, sol del mundo de los espíritus, no ha querido venir á alumbrar al universo sin ser también precedido de una aurora; El, luz increada, quería ser precedido y formado en el seno de una luz creada por él mismo, más rutilante que todos los cuerpos luminosos que giran por los espacios celestes. Y lo que hace el Señor con el universo, lo ejecuta también con cada nación, y con cada ciudad, y aun diríamos con cada individuo. Antes de la luz, manda siempre el crepúsculo; antes del fuego del medio día, el alba matutina; antes que el sol con ardientes rayos, la aurora con sus matices de púrpura y de oro.--Mas, ¿cuál es esta aurora que hace lucir el Señor, primero, cuando vá á enviarnos su luz y su verdad? Ah Cristianos! ningún corazón puede desconocerla, nuestro pecho ha palpitado ante su vivo recuerdo, y de vuestros labios ha estado pronto á escaparse un nombre mil veces bendito: ¡María! Sí, hermanos míos: la Iglesia en las festividades de esta Virgen inmaculada, pregunta alborozada con los coros angélicos: *quae est ista quae progreditur quasi aurora consurgens?* [Cant. VI. 9.] ¿quién es esta que se adelanta como la aurora al despuntar?... Y la respuesta la da la fiesta que se celebra, ó ya del nacimiento, ó ya del triunfo de la Reina de los cielos. María es la aurora de quien los Santos Padres han dicho hermosísimas palabras: "la aurora rutilante del nuevo crepúsculo, como escribe San Gerónimo;" (De Assumpt ad Paul. et Eustoch) la hora de oro que nos trajo la verdadera edad de oro, ó sea el tiempo de la misericordia; dice el Idiota; (De B. V. part IV. contempl. 18) "la aurora á la que sigue, y aun de la que nace el sol de justicia," predica San Pedro Damiano; (Serm. de Assumpt. L. B. M. V.) "la aurora espléndida, rubicunda, purpúrea, alegre, no entenebrecida, no anublada, ni jamás manchada como lo

(1) Isidor. Lib. etimologi.

son todos los hijos de Adán, "añade Santo Tomás de Villanueva, [Conc. I. de Nativit. B. V.] "la aurora dichosa, anunciadora del más dichoso día," termina San Bernardo [In *deprecat. id B. V.*] Mas es de notar que así como á la aurora formada por los rayos del sol, no obstante, le forma el sol un trono en su sero, y de ella nace el astro rey, y de su seno procede, así la Virgen María, formada esmeradamente por Dios mismo, de quien es Hija predilecta, lleva al sol en su seno y lo derrama en el mundo, siendo así la Madre de la Luz, como que lo es del Verbo, luz verdadera. Bajo este título tan hermoso, y tan fundado, ella es el encanto y el tesoro de esta piadosa ciudad. Dios la envió representada en una imagen de origen más que humano, desde lejanas playas, para que precediese y acompañase la luz de la fe en los corazones, y por eso, así como la luz y la aurora son la alegría, el descanso, la delicia y el regocijo de la naturaleza, así esta imagen venerada forma la luz de las almas, alegra los corazones, consuela en los trabajos y endulza las amarguras del pueblo que tanto la ama. Comparada la Virgen María con el sol que alumbrá á todos con sus rayos, no hay pueblo ni nación, ni aun ciudad, donde no luzca, por medio de una imagen que hablando á los sentidos, ablande á los corazones, de una imagen que atraiga las almas, que haga elevar hacia la Virgen del cielo los afectos, y que reine dulcemente en los ánimos como la aurora en las campiñas, para preparar en ellos el reinado de Jesucristo; porque así como es imposible, dice un doctor, el pasar de las tinieblas á la luz sino mediando la aurora, así también es imposible el pasar de las tinieblas de los vicios á la luz de la gracia y de las virtudes, sino mediante la intercesión de María. [1] Y, pues la imagen de María que Dios envió á esta ciudad con prodigiosas circunstancias, de un modo especial simboliza á la aurora, con su bello título de Madre de la Luz, cuando al cielo clamemos que envíe su luz y su verdad, su gracia y su socorro, no olvidemos pedirlo por la dulce medianera que tan eficazmente nos dispone á recibirla. Mas ¿qué pro-

[1] Sicut impossibile est de tenebris noctis venire ad lucem, nisi mediante aurora: ita impossibile est venire ad lucem gratiae et virtutum nisi mediante intercessione Mariae. [Richard. De laud. Virg. lib. VI.]

vechos, cuales ventajas nos trae esta dichosa luz con su venida?

PUNTO II.

Ipsa me deduxerunt et adduxerunt in montem sanctum tuum, et in tabernacula tua: "la luz y la verdad nos han llevado á la santa montaña, y á los tabernáculos del Señor." La luz del sol, y aun la de la aurora, hacen salir á los viajeros extraviados de los despeñaderos y precipicios, y les indican el camino recto que deben tomar para llegar á su patria; les sacan de las tinieblas para llenarlos de claridad; les apartan, en una palabra, de lo malo, para llevarles á lo bueno. que es todo el trabajo de la vida cristiana. Y esto parecen significar las dos palabras del Salmo: *deduxerunt et adduxerunt*; "me abstrajeron de los males y me llevaron al monte santo, como dice el Angélico Doctor: (1) me descaminaron de las sendas torcidas, y me encaminaron por la vía recta; me trajeron de los peligros y me trajeron á un viaje feliz: *deduxerunt et adduxerunt*."

Mas ¿cuáles son los extravíos de que la luz y la aurora, Jesús, y su dulce Madre nos han retirado con los rayos de su protección?—En tres abismos, cristianos, se han despeñado gran parte de nuestros hermanos, y quiera Dios que otros muchos no estén prontos aún á precipitarse. El primero se llama el *egoísmo*: el hombre se ha creído en nuestros días como una especie de Dios sobre la tierra. Ensoberbecido con sus conquistas sobre la materia, hinchado con su ciencia que todo lo abarca, envaneido con sus descubrimientos, que le hacen guardar los sonidos como los colores, y retratar los semblantes de los astros, y emular por las noches la luz del día, ha creído en su delirio que es el soberano absoluto del universo, y que no depende de nadie sino de sí mismo; como los impíos de que habla Job, hale dicho al Señor: *recede á nobis* [Job. XXII. 17.] "apártate de nosotros;" tu reinado, ha pasado, y para nada te necesitamos en nuestras instituciones, ni en nuestras leyes, ni á nuestro nacimiento, ni á nuestra muerte, ni de niños en nuestras escuelas, ni de jóvenes en nuestros enlaces." *Sed et vae*

(1) *Deduxerunt*, id est abstraxerunt a malis [In Psalm. XLII. 2]